

# Editorial

## 46

La de *memoria histórica* es una expresión en sí misma contradictoria y por eso, en rigor, imposible.

Pues el de la historia es el territorio social de los discursos que levantan acta de lo sucedido en el pasado.

El de la memoria, en cambio, el individual de las huellas del pasado que afloran a la conciencia de cada uno.

La diferencia mayor entre la una y la otra, entre la historia y la memoria, estriba entonces en el carácter social de la primera frente al individual de la segunda.

No es ésta la única diferencia, sin embargo. Pues si la primera es netamente discursiva, si constituye toda ella un ámbito conformado por discursos sobre el pasado, la segunda, en cambio, está constituida esencialmente por huellas y si puede incluir también discursos –*recuerdo que mi padre me dijo...*, *mi madre me decía...*–, estos solo se hacen presentes en ella por la mediación de las huellas que los soportan.

Pero debemos corregir nuestro enunciado inicial: la de memoria histórica es una expresión *semánticamente* imposible. Dado que es bien evidente, en el plano de los hechos, que se ha convertido en una cada vez más usada, a pesar de la contradicción semántica que contiene.

Lo que hace de ella una expresión inquietante, pues, cuando se la invoca, parece escucharse la voluntad de dictar a todos –a cada uno– la que debería ser su memoria. *La memoria correcta.*

Cómo si este nuevo adjetivo pudiera aplicarse a la memoria.

Mas no. La memoria de cada cual, la de cada uno, no es ni correcta ni incorrecta. Es lo que es: *su* memoria –y, como tal, irrepetible e intransferible.

Olvidarlo solo conduce a alumbrar nuevas fantasías totalitarias.